

## CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
En Madrid.		
En provincias.		
Ultramar y extranjero.....		8 ps. fs.

# LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,  
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,  
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN  
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## SUMARIO.

Galería histórica, *Isabel la Católica*, por D. Joaquín Tomeo y Benedicto.—*Al Gémino*, oda, por D. Leandro A. Herrero.—*La Humildad*, por doña Natalia Boris de Oliveres.—*Dolora*, poesía, por don Adolfo Llanos de Alcaráz.—*Pobres ángeles sin madre!* novela, por doña Rogelia Leon. (Continuacion).—*Modas, correo de señoritas*, por doña Joaquina de Carnicero.—Explicacion de la lámina de abrigos, núm. 2.513.—Variedades.

Pliego primero de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

## GALERÍA HISTÓRICA.

### XI.

#### ISABEL LA CATÓLICA.

Oscurecido el horizonte político, sumida como el caos de una descomposicion social hallábase Castilla, cuando por su mala ventura llegaron á ocupar sucesivamente su trono aquella serie de cinco soberanos que, como si llevasen inscrito en su frente el

signo de la reprobacion por aquel crimen que en Montiel habíales valido la Corona, calamidades y solo calamidades aportaban á la nacion. Enrique II el Fratricida legaba su cetro desprestigiado á Juan I el de Aljubarrota, y de este, de desventura en desventura, fué á caer á las plantas de Enrique IV el Impotente.

No parecía sino que el destino se apresuraba á aniquilar todas las glorias de siete siglos; la tempestad rugía, cuando del centro de aquellas tinieblas partió un rayo de luz; la situacion cambia, la vida torna, y surge de nuevo la esperanza envuelta en los colores de la más risueña alborada.

Esa luz, esa vida, esa esperanza que reanima á la patria es la inspiracion, el talento, la grandeza de la mujer extraordinaria que por un caso providencial viene á ceñirse la diadema castellana con el glorioso nombre de Isabel I.

Unida á Fernando de Aragon, las dos potencias más fuertes vienen á confundirse en un cauce, la unidad política se efectúa, y el nombre de España resuena de nuevo como antes de la estincion gótica en el Guadalete.



Isabel comprende su misión con un talento sin igual; Castilla era un cadáver, y al vigoroso impulso de aquella matrona se alza potente; Isabel abate la aristocracia feudal y da ensanche á las franquicias municipales; reforma las costumbres del pueblo y da ejemplo á los nobles de amor á las ciencias y á las letras; puebla su corte de sabios y espurga los caminos de malhechores; viste el traje de guerra y recorre los campamentos, ó empuña la humilde rueca hilando con sus régias manos las estofas que ha de vestir su esposo; funda monasterios cristianos y toma por asalto fortalezas moras; protege la Iglesia y pone coto á las exigencias de Roma.

Esta es Isabel la Católica.

Al escuchar el relato de su reinado, parece que asistimos á la representación de una fábula mitológica.

La espada cede sus derechos á la pluma, y las glorias de los combates son eclipsadas por el talento.

Si bien es verdad que una negra nube, una mancha de sangre cae sobre este reinado, oscureciendo en parte las glorias que respira, no por eso deja de ser menos grande, menos prodigioso; la Inquisición se introduce rastrera en este océano de luz, como el buho que se interna en el reino de las águilas; pero apartemos los ojos de esa institución nauseabunda y arrojemos una mirada sobre el trono.

Granada, la predilecta del Profeta, con sus edificios blancos ó rojizos, sus cúpulas de bronce y plomo, sus azoteas trasformadas en jardines, sus huertas asomando por entre los torreones de un palacio ó los minaretes de una mezquita; aquel Eden encantado, con su atmósfera pura y embalsamada, su cielo azul y límpido como los ojos de una niña rubia; Granada, último baluarte de los árabes en España, ha visto levantarse frente á sus murallas, y como por encanto, una nueva población, mitad ciudad, mitad campamento, y que, apellidada *Santa Fé*, hace comprender á los infieles cuánta es la constancia y el valor de aquella reina cristiana, que al frente de una formidable hueste de guerreros, sacerdotes y artesanos, viene á desalojarlos del último refugio.

Granada sucumbe, y la corona de España engarza entre sus florones aquel rico joyel que se desprende del turbante de Boabdil el Chico: más lejos, y como si Dios quisiera premiar el fervor de aquella reina que consagra mezquitas, enjuga lágrimas, y siembra virtudes, del fondo de los mares, velado por las es-

pumas, aparece un nuevo mundo, que el genio ha adivinado, y las carabelas de Colón unen con una cadena de flores á la vieja Europa las primorosas costas de la virginal América; Isabel, grande en todo, divide sus huestes en dos partes, y mientras con la una envía la civilización al Nuevo Mundo, con la otra aumenta sus victorias políticas, triunfando en Sicilia y en Italia, ó sembrando de laureles su camino por los arenales de África.

Los Reyes Católicos vieron con dolor morir á sus hijos el infante D. Miguel y D. Juan, consolándose con el cariño de su única Doña Juana, que casada más tarde con el Archiduque de Austria, D. Felipe el Hermoso, había de ser conocida con el triste epíteto de *La Loca*.

Después de tantos triunfos, de tantas glorias, ahogada por el dolor de la pérdida de sus hijos, cediendo al peso de su sensibilidad y ternura, Isabel la Católica bajó al sepulcro llorada de todos los buenos.

Protectora de las ciencias y de las letras, madre adoptiva de las artes, apoyo y consuelo del necesitado, Isabel I vivirá eternamente en la memoria del pueblo; y como aquellas bellísimas tradiciones santificadas por el cariño, su figura consoladora, cruzando tiempos y edades, había de reflejarse más tarde en el sólio español, al asentarse en él la magnánima Doña Isabel II.

JOAQUÍN TOMEO Y BENEDICTO.

## AL GENIO.

ODA.

AL DISTINGUIDO ESCRITOR D. M. PÉREZ DE MOLINA.

¡Genio! ¡Llama inmortal..... Faro radiante  
Que se alza sobre el mar del pensamiento,  
No me niegues tu luz; una centella

Quiere el alma no más. Presta á mi acento  
Férvido brio, y con ardor pujante  
La inmarcesible gloria

De tu poder que en el espacio ondea,  
Mi lábio cantará para que sea  
Pasma del orbe, asombro de la historia.

¿Quién eres tú?.... ¿Qué espíritu divino  
Arde en tu sér? ¡Oh genio!.... ¿Eres acaso  
Un átomo de sol, que peregrino



Rueda en el mundo sin hallar ocaso?  
 ¿Eres ráfaga ardiente  
 Allá en el seno del Señor formada,  
 Que oscila encarcelada  
 En las prisiones de la humana frente?  
 ¿Eres hijo del día ó de la noche,  
 Del aura ó de la bruma,  
 Del céfiro que manso se desliza,  
 Del huracán ó de la hirviente espuma  
 Que exhala el ronco mar cuando se eriza?  
 ¿Eres hijo del águila salvaje  
 Que escala el alto cielo  
 Bañando en las estrellas sus plumaje?  
 ¿O el fuego eres que encierra  
 En sus entrañas lóbregas la tierra?  
 Deten ¡oh genio! la atrevida planta  
 Para que yo respire;  
 Trémulo caigo ante tu luz de hinojos;  
 Y aunque se cieguen de placer mis ojos,  
 Deja que absorto de placer te admire.

¡Cuán grande es tu poder! El negro averno  
 Ébrio de rabia y de furor insano  
 No te pudo eclipsar....! Eres eterno  
 Astro gentil del pensamiento humano!  
 Un tiempo fué que ardiendo en odio y saña  
 El genio de las fúnebres tinieblas,  
 Tu muerte procuró. ¡Qué horrenda hazaña!  
 De las espesas nieblas  
 Súbito alzóse el raudó torbellino  
 Sus rayos fulminando;  
 Sacude el mónstruo la infernal cabeza,  
 Y con ardor infando  
 Destruye, arrasa, inmoló en su camino  
 Holocaustos sin fin á su fiera.  
 ¡Inútil pretension! Hierros, suplicios,  
 Verdugos y sayones,  
 Sangrientos sacrificios  
 No sofocan tu voz: lanzan las teas  
 Cárdenos resplandores;  
 Desplega el mal su aliento soberano  
 Para matar la idea, y las ideas  
 Crecen en torno de tu paso incierto,  
 Como en abril las rozagantes flores,  
 Cual las rubias arenas del desierto,  
 Ó las olas del férvido Océano.

¡Cuán grande es tu poder! ¡Mueren los siglos  
 Y nunca mueres tú! Van los vivientes

Á la sombría eternidad rodando  
 Cual ruedan hácia el lago los torrentes.  
 Y tú los ves cruzar: y tú surcando  
 El mar azul de la luciente esfera  
 Atrás los vas dejando:  
 Y sin parar en tu inmortal carrera,  
 Sin que la negra tempestad asombre  
 Tu disco de topacio,  
 Como el sol que de luz llena el espacio  
 Llenas de luz la oscuridad del hombre.

¿Quién eres tú?... Radiante de hermosura  
 Ondeas por doquier..... Tierna reprime  
 Su arrebatado curso la natura,  
 Bebiendo el néctar de tu amor sublime.  
 Que eres bello sin fin ¡sol refulgente!  
 Cuanto la vista abarca  
 Trofeo es de tu imperio omnipotente;  
 Tú arrancaste á la lira del Petrarca  
 Sus lánguidas canciones:  
 Tú concediste á Dante el largo sueño  
 Donde vió sus terríficas visiones.  
 En tu calor fecundo  
 Bañó Cervantes la inspirada frente,  
 Y allá del seno de la mar bravía,  
 Virgen alzóse á tu mandato un mundo.  
 Que halló Colon para la patria mía.

¡Cuán grande es tu poder! bajo tu aliento  
 El imposible rudo desaparece.  
 Al recibir el peso de tu mano  
 Gime trémulo el viento:  
 Y si rabioso estalla y se embravece,  
 Tu voz le torna en céfiro liviano  
 Que en el pensil lascivo se adormece.  
 Tú reinas en los aires;  
 Tu fuerza en ellos poderosa labra,  
 Y en su ancho tul enciende  
 Con relámpagos de oro la palabra;  
 Mientras el hierro que sutil la absorbe  
 En sus lenguas flamígeras la estiende  
 Por la redonda inmensidad del orbe.

Tú haces cambiar del río  
 El cauce donde vierte solitario  
 Tu arrullo melancólico y sombrío;  
 Tiembla á tu voz el bosque centenario:  
 Abres camino en la saladas ondas  
 Del cespó mar cuyo bullente seno  
 Rico espaldar de plata



Ciñe á sus hombros cuando ruge el trueno.  
 Enfrenas á la hirviente catarata,  
 Y en tu corcel de guerra,  
 Veloz Centauro que vomita fuego  
 Y hace crugir bajo sus piés la tierra.  
 Por vértigo infernal arrebatado  
 Devoras la distancia:  
 Dejas atrás al torbellino ciego;  
 Traspasas la alta sierra:  
 Salta el bridon los escabrosos riscos,  
 Y en cada huella del ferrado casco  
 Se elevan á tu gloria  
 Gigantes obeliscos  
 ¡Que harán eterna tu sin par victoria!

¡Genio!.... ¡Llama inmortal! Si el alma mía  
 Tan solo una centella  
 Gozar pudiera de tu lumbré pura.....  
 ¡Cuán dichosa sería!  
 Dulces para ella fueran tu amargura,  
 Los abrojos que alfombran tu camino  
 Y el tormento feroz de tu agonía.  
 ¡Inútil pretension! Plugo al destino  
 Que nunca fuera nuestra suerte hermana:  
 Tú eres el sol, en cuyo ardor radiante  
 Se baña la natura estremecida;  
 Tú eres la flor lozana,  
 Y yo el gusano vil que surca errante  
 El árido desierto de la vida.  
 ¡Sigue adelante, pues! Conserva ¡oh genio!  
 Ese esplendor sin nombre  
 Que fúlgido á mi vista centellea;  
 Que siempre á tu poder se rinda el hombre,  
 Y siempre eterno tu reinado sea.

LEANDRO A. HERRERO.

1865.

## LA HUMILDAD.

Dedicado á mi querida amiga

LA SEÑORA DOÑA CARMEN ALARCON DE CASTELAO.

Si en las ciencias exactas encontramos la definición segura de la verdad, si nuestro pensamiento busca en las ricas galas de la poesía el aroma que embalsama los sentidos, ¿por qué no entresacar del

corazon humano todas aquellas virtudes que le elevan á la altura de la misericordia infinita de Dios, que dotó á sus criaturas con tan ricos y espléndidos dones?

La humildad: esta palabra, que encierra por sí sola el más sublime de los poemas, la humildad es la primera y principal virtud de la mujer cristiana. El gran Legislador del mundo, ¿no fué un modelo puro de humildad? Y ella, entusiasta de la doctrina del Hombre-Dios, dobló su cabeza ante esta virtud evangélica, compañera de la dulzura, de la resignación y del amor á sus hermanos de peregrinación sobre la tierra.

La humildad eleva todas las condiciones de la mujer; en el palacio, la mujer humilde conquista el amor de cuantos se aproximan á ella; en la choza, el cariño y el respeto, y es porque la humildad es el complemento de la perfección humana. ¿Puede haber un galardón más grato al corazón de la mujer humilde que su imagen quede grabada en la mente de sus hijos como una reliquia pura? Dichosa la mujer humilde, porque de los labios queridos de los objetos de su corazón se escapa un suspiro que vuela hasta el trono del Señor. Este es un recuerdo de amor para aquella que les oprimió contra su seno, para la que dirigió sus vacilantes pasos, y despertó en su inteligencia todas las ideas de honradez y dignidad que dan valor ante Dios y los hombres, en fin, para su santa y cariñosa madre. No hay un hombre, por descreído que sea, que no tenga un recuerdo de cariño y de amor para su madre, y de veneración y orgullo, si este objeto querido de su corazón ha sido santo, humilde y puro.

Hasta en medio de las agitaciones revolucionarias ¿no hemos visto á sus más encarnizados enemigos admirar á la mujer humilde, á la mujer cristiana? ¿Quién hizo nacer en el corazón del hombre las ideas de igualdad? ¿Han sido los modernos filósofos, ha nacido en la mente del hombre la palabra *humildad*, esa frase que encierra el aroma de todas las virtudes? No; no brotó de la mente del pensador ni del filósofo; fué un destello, fué una voz del cielo que resonó en la tierra para bien de la humanidad, elevando las criaturas á la altura de lo santo é infinito. ¿Quién no comprende esta verdad al mirar en la historia moderna la figura cristiana y pura de Madama Isabel de Francia, hermana cariñosa, nacida en las gradas de un trono? Jamás abandonó al objeto de su fraternal amor; ajena á



cuanto la rodeaba, pura y sin mancha, bajó las gradas de aquel trono, ligada á él solo por el amor á su familia, para subir santa é inmaculada los peldaños del cadalso, con la resignacion de la humildad cristiana. Nuestros modernos filósofos al pronunciar la palabra *igualdad*, no deben olvidar esa sombra blanca y pura que empañó el brillo de la antorcha revolucionaria, como otras mil víctimas de condicion más humilde, pero no menos mártires de la embriaguez y de la fiebre de la época. Madama Isabel, casta al lado del trono, y resignada en el cadalso como esclava de las ideas que la filosofía preconizaba, adquirió esa aureola de santidad que penetra en el corazon para no borrarse jamás. La posteridad no ha podido dejar de rendir homenaje á su resignacion, á su humildad cristiana.

La mujer humilde es la violeta de la cristiandad; no brilla, pero su aroma penetra en el corazon.

Nuestra moderna sociedad nos presenta cuadros que conmueven el alma. Hay un día solemne en la vida de los pueblos cristianos: este momento marcado por Dios, está unido con lazos indisolubles á la humildad. Todos descansan en este memorable día; el trabajador seca el sudor de su frente para engalanarse, todas las clases unidas acuden al templo del Señor: es que la Iglesia solemniza la regeneracion de la raza humana; es que la cristianidad recuerda con gratitud que el gran Maestro universal hizo pedazos con su humildad todo lo que tenían de monstruosas las sociedades antiguas, para crear una ley bajo la cual solo pronunciaran los hombres el dulce nombre de *hermanos*, unidos por todas las virtudes que forman la grandeza de los pueblos y la dignidad de sus individuos.

En nuestra querida España, unánimemente cristiana, podeis llegar en ese día solemne al alcázar de nuestros reyes, y todo en aquel magnífico recinto os recordará la grandeza de ese pueblo, sensato por instinto y cristiano de corazon; ningun borron mancha las hojas de su esclarecida historia; todos se unen, todos se confunden bajo la misma bóveda sagrada, en este momento; todos derraman lágrimas de gratitud al alzar sus ojos al cielo, porque todos son humildes hijos del gran Legislador de la humanidad.

Una mano os guía hasta aquel grandioso salon, donde un misterioso recogimiento os anuncia que la escena que vais á presenciar no se borrará jamás de vuestro corazon.

Todo es allí grande, todo es magnífico el día de

Jués Santo: un número de pobres, casi ciegos en su mayor parte, os inspirarán ese interés que siente el corazon á la vista del infortunio; un altar convenientemente colocado, os demanda respeto y fervor; no esperareis mucho tiempo; el jefe del Estado, personificado en nuestros días en la reina doña Isabel II, se presentará á vuestros ojos radiante de juventud y de grandeza, rodeada de su numerosa corte, en la cual encontrareis en su mayor parte los nombres de los héroes que dieron renombre á España por su valor y caballerosidad.

Miradla orar algunos momentos, para despues arrodillarse ante aquellos pobres, siguiendo lo mandado por Dios. Las lágrimas de la reina, las lágrimas de los poderosos y de los desposeídos de la tierra, todas reunidas llegan hasta el trono del Señor, en el momento que los labios de la segunda Isabel dan el beso de humildad en aquellos piés, santificando la pobreza. Que lleguen en este acto supremo todos los filósofos de la tierra, que lleguen los que creen defender los derechos del pobre, á ver si entre sus consoladoras máximas hay una más sublime que la de nuestra Religion, y si han podido encontrar una escena más tierna que aquella en que una reina, rodeada del esplendor de la grandeza, acostumbrada desde la cuna á empuñar un cetro y á vivir á la cabeza de una gran nacion, se la ve humildemente arrodillada á los piés de los pobres, regando conmovida con sus lágrimas aquellas manos encallecidas por el trabajo y los sufrimientos. De hoy más, un grito de admiracion y de amor se escapará de todos los buenos corazones, porque en ese momento de humildad cristiana, recordarán que esa reina generosa repartió con su pueblo la herencia de sus hijos, la herencia de cien reyes; si Isabel I es el orgullo de las generaciones pasadas, ¡ojalá que la historia pueda cubrir con un espeso velo la lucha de partidos que sin piedad desgarran á nuestra pobre España, y solo aparezca para orgullo de la generacion presente Isabel II, no menos maternal, no menos magnánima que la primera!

¡Dichosa la nacion unánimemente cristiana, porque en la vida de ese pueblo hay un día en que la sonrisa del cielo no puede menos de llegar hasta él! ¡Y dichosa la mujer humilde, porque ella siempre ha sido, y será, la violeta de la cristiandad!

Segovia, 1865.

NATALIA BORIS DE OLIVERES.



## DOLORA.

Me dices en tristes quejas  
Que, aunque me rindes el alma,  
Solo recobras la calma  
Si de mi lado te alejas.

Porque tu noble pasión  
Pago con tanta crueldad,  
Que encuentro felicidad  
Hiriéndote el corazón.

Culpar debe tu sentir  
Del amor la tiranía,  
Pero no juzgues falsa  
Lo que no puedo fingir.

En tu alma tienen asiento  
La amargura y el dolor,  
Porque siempre es el amor  
Hermano del sufrimiento;

Y bien te puedo apenar  
Sin que mi fé se desdore:  
¿Cómo quieres que te adore  
Y que no te haga llorar?

ADOLFO LLANÓS Y ALCARÁZ.

## ¡POBRES ANGELES SIN MADRE!

(Continuación.)

Mientras contemplábamos á los niños, recordábamos esos catorce versos que son un poema de lágrimas y ternura, cuando reparamos en una pobre mujer, que, sentada en el palo de un cable tendido en la arena, sollozaba con amargura.

¿Qué le sucedía á aquella pobre mujer?

Quisimos preguntárselo, pero creímos ver que recataba sus lágrimas.

El llanto que se oculta, es el más desgraciado; porque ¿quién se atreverá á dirigir un consuelo al que guarda su pena como un tesoro?

La veíamos sufrir y callábamos, apartando las miradas indiscretas de aquella infeliz, que era joven, muy joven, y ya tenía su frente surcada por la primer arruga del infortunio.

Llevaba una falda oscura de tela de lana, rizada á pliegues á uso del país, y un negro jubon de manga ceñida, con una pañoleta de colores algo perdidos ya por el uso.

Tenía las piernas desnudas, y apenas cubría su pié una ligera alpargatilla, como usan casi todas las labradoras y artesanas de la provincia.

No sabemos decir si era hermosa; porque la pena desfigura más que una horrible enfermedad.

Quizás lo habría sido. ¡La dicha embellece tanto!

Pero entonces una ancianidad prematura ponía un marco á su rostro, como ponen las nubes de la tempestad cuando rodean el disco brillante del sol.

Además, los ojos de la desventurada joven eran presa de esa enfermedad terrible del país (1).

Sin embargo no estaba ciega; pero sin duda había llorado tanto, que tenía los ojos escaldados, rodeándolos un círculo morado como la violeta.

Sus bastas manos indicaban que se había dedicado á trabajar en la más abundante industria que allí se conoce. En el duro esparto; en ese asesino del pecho y de las pupilas, y que tan mísera recompensa ofrece á las infelices que luchan con él.

No podíamos apartar las miradas de la pobre joven, y no queriendo que lo observase, nos alejamos un poco; entonces dió libre rienda á su llanto, y desde lejos veíamos que limpiaba su rostro á cada momento, y que tan pronto volvía la vista al mar, como á la parte alta del Malecón, donde jugaban los niños.

La tarde fué avanzando, y no nos atrevíamos á dejar aquel sitio sin ver el desenlace de aquella triste escena.

Además nos ocurrió una terrible idea.—Esa mujer quiere arrojarle á las aguas.

Entonces nos aproximamos á ella, bajo pretexto de hacerle una pregunta.—¿Sabía cuándo iba á salir vapor para Levante.

—¡No lo sé! contestó enjugando sus lágrimas.

—¿Estais enferma? la preguntamos.

Nos respondió negativamente con la cabeza.

No quisimos insistir, y nos retiramos, sin abandonar por eso la playa, ni perderla de vista un instante.

Permaneció como una estatua, contemplando los niños que se habían bajado un poco hacia la derecha, y hacían una graciosa rueda con las manos, dando brinco para aturdir al que dejaban en medio.

La bonita niña de cuatro años, á lo más, que te-

(1) Son tan frecuentes los ciegos en Almería, que hemos visitado casas de infelices familias donde había cinco criaturas privadas de la luz del día, esperando la mano de la Caridad, único consuelo de aquellos infelices, que fueron trabajadores, y que más tarde viven en acerba oscuridad.



nia la Hermana de la mano, queria ir á meterse en la rueda, pero por pequenuela, sin duda, no la dejaban (1).

Los otros gozaban aquellas horas, como el ave que ha volado todo el dia tocando siempre con el ala los duros alambres y halla al fin la puerta franca, y sale al campo, y se encuentra gozoso con la copa de los árboles, donde salta y bendice la naturaleza con sus trinos y gorgoros. ¡Lenguaje que no podemos traducir, pero que sin duda se eleva á Dios como nuestras plegarias!

¡Cuánto sentimos que viniesen las sombras de la noche á interrumpir la alegría de aquellas tiernas criaturas!

Hasta el cielo nos parecia que lloraba al ver desfilar aquellos desventurados con esa uniformidad triste que ofrece la comunidad, con esa soledad mustia que da el no tener familia, con ese llanto doloroso que arranca el no ver las madres al lado de aquellos hijos que abandonan al azar.

Ya habia concluido la alegría en aquellos rostros risueños momentos antes.

Iban á la cárcel de su niñez. Á esa prision forzosamente de los seres abandonados.

A ese asilo que da el pan de cada dia; pero que no puede dar el afecto de la sangre.

Iban á dormir en aquellas limpias camitas que las buenas Hermanas les preparan; pero donde no iria una madre á ver á su hijo dormido y á estampar en su frente el beso de amor y de ternura, antes de entregarse al sueño.

Oirian á media noche los pasos de las vigilantes buenas mujeres que los custodiaban; pero no la planta desnuda y suave de la mujer que se arroja del lecho porque cree á su hijo embargado por una pesadilla.

Llegaria la mañana, y ninguna voz amiga vendria á despertarles.

No escucharían sus oidos esas tiernas palabras mas dulces que los ricos panales de miel que labran las

abejas, y más suave que la hoja de la alejandrina rosa, humedeciendo los labios del niño con un delicado beso.

¡Pobres ángeles sin madre! Cuando salimos de estas amargas reflexiones, la jóven habia desaparecido de la playa. ¿Dónde habia ido? la distinguimos á lo lejos, volviendo la vista á la calle por donde habian desaparecido los niños.

¡Pobre madre sin ventura!

## II.

«Cantaba el niño; su madre

Presa de horrorosa fiebre,

Agonizaba exhalando

El estertor de la muerte:

Yo escuchaba la agonía

Y escuchaba el canto alegre.

La madre en el lecho; el niño

Canta y rie y se divierte

Junto á la abierta ventana

Con sus juegos inocentes;

¡El hijo siempre cantando,

La madre llorando siempre!

Fué á dormir la pobre madre

Bajo los santos cipreses,

Y el niño entoró de nuevo

Su cancion como otras veces:

¡Ay! el dolor es un fruto,

Y Dios piadoso no quiere

Que crezca en la tierna rama

Aun á su paso muy débil.»

(VICTOR HUGO.)

En una de las casitas mas humildes y cercanas á la deliciosa playa de Almería, se escuchaban una tarde penosos gemidos de dolor.

El Santo Viático acababa de entrar en aquella pobre morada, y al salir le despedían en la puerta algunas cariñosas mujeres, que venían á ofrecer sus socorros al que iba á morir, y á dar culto al Señor de cielo y tierra, que se dignaba bajar á purificar las culpas, en el alma de sus míseros mortales.

En el dintel de la puerta habia varias mujeres sollozando; el peligro aumentaba sin duda, porque se empezó á notar mucha confusion entre ellas, y corrían desalentadas acá y allá, llevando porciones de bebidas, sinapismos y otra porcion de brebajes con que se piensa prolongar la esperanza del vivo, la es-

(1) Más tarde supimos que esta niña es un prodigio sobrenatural en talento y memoria; pues cuando SS. MM. visitaron aquel hospital, fué la que recitó en alta voz los versos dedicados á Doña Isabel II y la Real familia, enterneciendo mucho á nuestra bondadosa Reina, que prometió en aquel acto solemne proteger dicho establecimiento hasta verle concluido.

Tambien envió despues un rico manto á la Virgen del Mar, patrona de Almería. ¡Siempre es grande y misericordiosa nuestra Reina!



tancia de la muerte, que ha de arrebatarse al fin su presa.

Todo fué inútil: la pobre agonizante, porque era una mujer la que iba á morir, abrió desmesuradamente los ojos buscando un objeto, y sus labios murmuraron el nombre de un niño que tranquilamente jugaba en la puerta con otros dos pequeñuelos como él, sin apercibirse de la horrible orfandad que le amenazaba.

El inocente oía gemir en el interior de la casita, y volvía la cara alguna vez; pero había visto tantas veces llorar á su madre, que estaba familiarizado con las lágrimas, sin duda: esto, unido á su corta edad, hacia que siguiera jugando, y dando carreras hasta donde venían las olas del tranquilo mar, que aquella tarde parecía un lago.

El juego de estos niños era llegar desde cierto sitio, hasta la valla que formaba la mojada arena; y una vez allí, tener la viveza suficiente para retirarse antes que el agua volviese á aquel sitio: estose hacia dando una palmada y un canto, cada vez que retrocedían; por eso hemos encabezado este capítulo con los tiernísimos versos del poeta francés.

«Cantaba el niño, y su madre,  
Presa de horrorosa fiebre,  
Agonizaba exhalando  
El estertor de la muerte.»

En una de sus carreras, se quedó parado de repente, oyendo los gritos de dolor de las amigas de su tierna madre.

Esta acababa de espirar como una mártir, y su último grito fué llamar á su hijo. Escena que conmovió á aquellas mujeres, en términos de romper á llorar de una manera desolada y ruidosa.

El niño, impulsado por la novedad, entró en su casa, y oyó estas palabras por todas partes: «¡muerta, está muerta!.....»

Miró á su alrededor, y encontrando solo llanto, rompió á llorar por simpatía, mas bien que por el instinto que debía decirle: «¡No tienes madre, pobre niño! ¡Eres huérfano y solo! Es decir, ¡eres el ser mas desgraciado de la tierra!»

Rompió á llorar, y todas las mujeres se apresuraron á estrecharle contra su corazón, mirando de lejos el cadáver, que parecía querer sonreír, agradeciendo los halagos que prodigaban á su hijo.

Este empezó á jugar al poco rato en un bonito

altar que su cariñosa madre le había puesto pocos días antes de su penosa enfermedad.

Las mujeres le miraban con dolor, y la madre, desde el cielo, le enviaria sus bendiciones, y le pediría á Dios le enviase otra madre, ya que ella no podía romper el sueño de la muerte, y estrecharle en sus brazos y llevarsele consigo.

¡Pobres madres sin ventura! ¡cuánto sufrirán al dejarse en la tierra los pedazos de su corazón!

El ruego de la pobre madre al Señor no fué estéril, pues una de aquellas mujeres, quizás la más jóven, tomando el niño en sus brazos se lanzó á la calle, diciendo:—¡No llores, Manolillo! ¡alma mia! que yo lo haré contigo como la que acaba de morir.

—¡Dios te bendiga, María del Mar! dijo una anciana balbuciente á la jóven que acababa de salir, y que no era otra que la que habíamos visto tan llorosa en la playa, en las tardes anteriores.

—¡Si, tiene buen corazón! exclamó otra, enjugándose los ojos.

—Y sabe lo que son hijos; contestó por lo bajo la anciana.

—Contadnos esa historia, madre.

—Ahora solo debemos rezar. Esta noche, mientras velamos el cuerpo de la que Dios habrá llevado sin duda á su gloria, os referiré lo que ocurrió á la pobre María, y por qué ama tanto los niños, y por qué va todos los días de fiesta á ver jugar los desgraciados hospicianos, y se aparta de allí llorando cuando el sol ha desaparecido detrás del horizonte.

Todas se quedaron cabizbajas, y empezaron á rezar.

Al poco tiempo, una mujer daba vueltas al cadáver para coserle el último vestido, y colocarle en una caja de ánimas, rotas sus maderas y hecho giros el forro.

Aquella mujer tenía por oficio el hacerlo todos los días. Era la modista de los muertos, y daba más ó menos largas las puntadas, y trataba con mas ó menos consideración su clientela, según la paga que esperaba recibir.

En divisando blandones amarillos, casi parecía que estaba haciendo pespuntos en holán, y seguro está que diese un pinchazo á las frias carnes del cuerpo que adornaba; pero en viendo dos miserables velas ó dos farolillos pequeños, le claveteaba á agujerazos sin piedad alguna.

¡El destinado á sufrir en vida, justo es que lleve las miradas de infortunio en muerte!.....



Por fortuna las almas vuelan á Dios, dejando aquí el pobre barro, donde hasta la última hora se ceba la desgracia en él.

La que acababa de morir, habia apurado todos los dolores imaginables.

Habia nacido en una miserable choza; habia pasado su niñez yendo á ver sacar los copos, para que le diesen algunos pescadillos, que comia con pan de maiz, recogido tambien de limosna.

Mas tarde se puso á servir en una rica casa, donde fué adquiriendo hermosura y vigor.

¡Y qué funesta es á veces la hermosura á las pobres! Se fijan en ella ojos que no deben.

¡Las atosigan, las halagan!

¡Juramentos, protestas! ¡Oh cuántas maldades encierra el corazon humano!

Lo cierto es que aquella muchacha bella, al poco tiempo habia salido de la casa, yendo á esconder su infortunio á un miserable rincón.

El amo partió al extranjero, á divertirse y gozar de sus rentas, y no se volvió á acordar de aquella preciosa criadita, á quien decia *flores*, interin ella fué una flor verdadera.

Al año siguiente nada le quedaba á la infeliz de lo que habia sacado de los grandes señores, sino su tierno Manolillo, á quien estrechaba entre los brazos, diciendo: «¡Los padres son tigres, hijo mio; pero el mundo solo maldice á las madres! ¡Yo no te abandonaré! ¡Bien venido seas al mundo, si Dios lo ha querido así!»

¡Pobre madre sin ventura! Muchos dias ni aun tenia un pedazo de pan que dar á su hijo.

El padre nadaba en la opulencia; con los restos de sus placeres hubiera podido hacer feliz á aquel inocente; pero no solo no se acordó más de aquel gracioso episodio de su vida, sino que prohibió espresamente á aquella desgraciada que se pusiese en su presencia jamás.

¡Tiranicen á las pobres mujeres! ¡Apostrófenlas con los más horribles dictados, y viva el hombre entre tanto tranquilo, matando por el capricho de un día la existencia de una pobre mujer y de una desdichada criatura, que no sabrá dónde volver sus ojos el dia que el mundo le pregunte su origen y apellido!

Aquella pobre madre sin ventura no pudo resistir tantos dolores, y murió jóven y marchita como una flor destrozada por la tempestad.

## III.

## MARÍA DEL MAR.

«Era ya la media noche,

Y la polar Osa fria

Por el cielo ya seguia

De Boote el tardo coche:

Y los cansados mortales

En silencio reposaban,

Y al dulce sueño entregaban

La memoria de sus males.

Cuando amor, que siempre alerta

Está para nuestro daño,

Con el más cruel desengaño

Vino á llamar á mi puerta.

—¿Quién es, grité yo enojoso,

Que viene tan á deshora

A interrumpirme la hora

De mi mas dulce reposo?

—Amor, dijo:—Ábreme, amigo:

No temas, un niño soy;

Mojado y perdido voy

En busca de algun amigo.

—Yo entonces compadecido

Á tan justo humilde ruego,

Encendí una luz, y luego,

La puerta abrí al fementido.

Y vi un rapaz que llevaba

Un arco en mano empuñado,

Alas al hombro, y al lado,

Iba pendiente una aljaba.

Á la lumbre le acerqué,

Y sus manecitas frias,

Le calenté con las mias,

Y el cabello le enjugué.

Despues que á tal beneficio

Cesó del frio el rigor:

«Probemos, dice el traidor,

Si mi arco está de servicio.

»Probemos si á este bordon

Ha dañado la humedad:»

Así dijo, y sin piedad

me traspasó el corazon.

Y con esto, no contento

De mi mal y sus traiciones,

Añadió aquestas razones

Burlando de mi tormento:

«Alegraos, mi huésped, que

Mi arco está sin lesion;



Mas no vuestro corazon;»

Y en diciendo esto se fué.»

(DE ANACREONTE.)

Pues como os iba diciendo, hijas mías, todas las noches me cantaba mi madre esos versos, mientras hilaba su copo de cáñamo para enseñarme las tretas de Cupido; así es que mientras duró mi juventud me guardé muy bien de apadrinarle, y luego en la vejez, él huyó de mí como de la muerte; pero no todas pueden cantar victoria, y si la cantan es llorando, porque no sufrieron.

Tal es y será siempre la vida.

Esa pobre mujer que acaban de enterrar, que ayer velábamos llorando, en términos de no poderos contar la historia de la pobre María, como os prometí, también pagó su culpa de confianza, como la está pagando hoy la infeliz cuya historia voy á referiros.

Si quereis ver su dolor, iros todas las tardes á la playa, y allí la hallareis mirando el vasto edificio donde tiene un pedazo de su alma.

En vano ha querido buscarle entre los demás; porque no le ha conocido. Ha recorrido las cunas de aquellas salas sombrías, y ha visto muchas bocas inocentes que lloran su abandono, pero que no saben pronunciar el nombre de su madre.

Ha querido llevarse consigo todos los que ha visto llorar, como hizo ayer con el pobre Manolillo, y luego ha tenido que dejarlos con desesperación, diciendo: «¡Dios mío! ¡cuál es el hijo de mis entrañas!»

Porque María del Mar hubiera sido toda una buena madre, si el hombre tirano que la dejó abandonada la hubiera hecho su mujer como manda Dios; pero esos judíos de hombres quieren santas por mujeres, y ni aun así son capaces de pagarles su cariño.

La mujer paga las culpas de amor, las de flaqueza, las de abandono, las de olvido, las de aborrecimiento y deshonor, y el hombre en tanto va con su falsa sonrisa á otra parte, mientras le aplaude el mundo su astucia y sagacidad, engañando con su careta de nobleza, mientras lleva en el alma el dolo y la perversidad.

Figuraos que María era una bonita niña de quince años, que iba á vender pescado por las mañanas á la puerta de Purchena, de unos pequeños ranchillos ó puñados, que su madre compraba á los que sacaban el copo, por una corta cantidad que duplicaba la niña al venderlos despues, con su acostumbrada gracia y vivacidad.

Luego, por tarde y por noche, trabajaban en esparto, ganando lo suficiente para medio mal vivir.

Se iba poniendo María tan bonita, que determinó su madre no fuese ya á la puerta de Purchena, pues aquel sitio tenia mal nombre de tiempos atrás, y se daba mala calificación á algunas doncellas que á él concurrían.

La recogió en casa, y se dedicó á hacer tomiza, ó lo que es lo mismo, á perder la luz de sus dos hermosos ojos, que alumbraban como soles: pero entonces no tenia ella edad de creer que nadie pudiera sufrir en el mundo.

Alguna vez sentia malestar en los párpados con el continuo polvillo que saltaba de su obra; pero.... ¿qué le importaba á ella eso, cuando estaba distraída cantando como un ruiseñor, y soñando con unos amores que esperaba, como espera el labrador que broten en el campo las espigas!

¡Y qué dulce es la esperanza de ese amor aún ignorado!

¡Y cómo goza el alma inocente con sus fantasmas y delirios!

¡Y qué rosado es el color de su túnica!

¡Y qué blancura la de su ligero manto!

¡Y qué flores más bonitas y aromosas trae en su fresca y graciosa corona!

¡Qué lástima que no estén exentas de espigas!

De una borrasca de los mares debía brotar el amor de aquella preciosa niña, y en borrasca convertirse para desgarrar su corazón.

Llegó el día de San Baldomero, tan temido en aquella ciudad, porque da cordonazos más duros que San Francisco, y todos los marineros empezaron á prevenirse para la borrasca.

Los huracanes empezaron á silbar, y las olas á enfurecerse y desbordarse, dando mugidos tan espantosos que se oían en el interior de la ciudad.

Multitud de curiosos iban y venían al Malecón y á la playa, y luego volvían diciendo con terror:

—¡El temporal es horroroso, y sucederán desgracias!

En el Cabo de San Antonio y en el de Gata, dicen que son los huracanes tan violentos, que tienen arrinconadas las embarcaciones, y todos se preparan á morir. ¡Dios los salve! ¡La Virgen del Mar los proteja! Y empezaron á entrar en el templo de esta milagrosa Señora algunos devotos á rogar por los infelices que luchan con los furiosos elementos.

—María, ¿dónde vas? dijo á la niña su madre.



—Voy á Santo Domingo, madre mia, á rezar por los pobres marinos.

—Reza en casa, y será mejor, mientras concluyes la tarea que hoy debemos entregar antes de ponerse el sol.

—Habia olvidado en mi afliccion que no tenemos pan.

—No te reñiré por eso, María. Las buenas almas se acuerdan antes de los demás que de sí propios.

—Ven, ven, y rezaremos el Trisagio para que calme la tempestad.

—Aun no habian tenido tiempo de empezarle, cuando una lancha, despedida por los vientos, como la bala por el cañon, vino á hacerse mil pedazos contra la orilla.

Los marineros cayeron al agua, desapareciendo un momento entre las furiosas olas.

Madre é hija se abrazaron con espanto, dando un grito de horror.

—¡Virgen del Mar de mi vida! ¡Salvadlos, salvadlos por Dios! exclamaron luego, cayendo arrojadas.

La lucha de aquellos infelices fué terrible.

Á veces tocaban ya las manos con la arena, y una violenta ola venia á sumergirlos de nuevo en aquel inmenso abismo; pero la plegaria de aquellas dos mujeres fué oída, pues despues de un peligro furioso, salieron al fin aquellos infelices, y fueron llevados casi en procesion á las casas inmediatas.

María del Mar y su madre condujeron á un marinero, pues apenas podia moverse ni andar sin el auxilio de aquellas buenas mujeres, que sollozaban aun con la pasada emocion. Cuando le tuvieron en casa, le hicieron acostar, enjugaron sus ropas, y fueron á pedir á las vecinas algo que darle de comer, trayendo hácia acá María un buen vaso de vino para reanimar sus fuerzas.

«Y, como dijo Anacreonte,

A la lumbre le acerqué,

Y las manecitas frias

Le calenté con las mias,

Y el cabello le enjuagué.....»

La pobre muchacha y su buena madre hicieron por calmar la afliccion de aquel hombre, tanto como el huésped con el tiranuelo del arco, y la flecha vino á herir el corazon de María.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

## MODAS.

### CORREO DE SEÑORITAS.

¿A cuántos estamos de fantasías primaverales? Estamos á foulard, pelo de cabra, mohair, linon, y todo ello encantador como la estacion que lo motiva.

El barómetro de la moda marca buen tiempo, aun cuando le desmienta la ligera niebla que en el momento de escribir estas líneas vela el sol y empaña la luz.

Los trajes de media estacion se confeccionan, porque á lo mejor se destaca un dia cuya magnificencia derrama á luminosos rayos todo el lujo de la estacion de las flores.

Continúan los arreglos de vestido y paletot corto en tela igual, porque esta moda, que data ya de un año á esta parte, parece dispuesta á continuar durante el estío, felicitándonos por ello, pues caracteriza á estos conjuntos en una misma tinta un aspecto enteramente *comme il faut*.

El foulard á la órden de tono es á mil rayas sembradas de olivas matizadas; nada más fino y elegante como el encantador efecto que produce.

Para marchar sobre el terciopelo del campo es el de dibujos cachemir, sembrados de palmas sobre el fondo azul Sèvres, y para jóvenes solteras el de ligeros ramilletes, destacándose sobre fondos violeta de Parma, verde luz, maiz, ó blanco. Todo esto se guarnece de pasamanería; y bien sabeis, queridas lectoras, que las nuevas creaciones en este género varían hasta lo infinito; galones, entredoses sembrados de perlas de acero ó de azabache, hojas de encaje bordadas de perlas, elegante fantasía sobre trajes claros de seda; galones, alta novedad, tejidos de seda y acero, y terminados por una franja de bolas de acero claveteadas.

Siendo solamente admitidos hasta el presente los cuerpos altos, es de todo rigor el completarlos con una corbata fantasía. Llevamos mencionada la titulada Jockey-Club y Rolando, pero tenemos tambien oíras en tafetan con lindísimos amores de encaje recortado sobre cada punta, y además la corbata gondolina ó mariposa.

En pos de las corbatas viene la lencería. Los cuellos y puños solo se permiten para *negligé*, pero veremos desplegarse el lujo sobre las vestas rusas, adoptadas ya este invierno por algunas elegantes y que fijarán su boga para durante el estío.



Los cuerpos blancos podrán ser mezclados de guipure, pero dominaran enteramente blancos como el signo de la verdadera distincion.

Ninguna intriga es capaz de prevalecer contra nuestras crinolinas, á quienes nada preocupan todas las siniestras predicciones de proscripcion, contentándose con responder añadiendo alguna nueva perfeccion á favor de nuestras faldas, cuya forma se presenta cada vez más elegante. La parte alta, enteramente plana, desembaraza el talle admirablemente, mientras el bajo se estiende con gracia á manera de cola de pavo real, haciendo resaltar el guarnecido del traje.

Las enaguas se hacen de nansouk ó batista con volantes encañonados solamente orillados, ó cuando más con un estrechísimo valenciennes. La boga de las enaguas fantasía se sostendrá todo el verano.

Hablamos últimamente de los nuevos sombreros Imperio que habíamos visto sin guarnecer, despues; ¡ay! los hemos visto adornados con tantos penachos de plumas por dentro y fuera, que son capaces de hacer soñar á los monos sábios. Parece imposible que tan desdichada innovacion alcance alguna vez éxito, y lo único que nos tranquiliza en parte es el gran número de encantadores y pequeños *fauchons* que se preparan para media estacion. Nada podemos decir aun relativamente á los sombreros redondos; la moda se ocupa de ellos, pero indecisa respecto á la forma, lo cual se comprende, porque ¿á dónde poder ocultar el famoso peinado Imperio?

Vayan dos preciosos modelos de *fauchons*.

Una capota de crespon azul plegada á lo largo sobre los lados y guarnecida encima con otros tres bullones separados por vieses de terciopelo negro enriquecidos de colgantes en perlas de acero; cinta azul plegada, dispuesta á modo de bavolet formando bridas por delante y dejándose recubrir en parte por un volante de encaje negro que descende más bajo por detrás que por los lados.

Un sombrero en crin negra calada, y con rombos de perlas de acero sobre el fondo de encaje negro, cayendo por detrás con lazo de cinta verde, de donde se escapan yerbas y una rama de tilo, con el mismo adorno en el interior.

Terminaremos con algunos trajes ejecutados recientemente por la acreditada modista doña Carmen Oliver, que tiene su elegante establecimiento en la calle de Jacometrezo, núm. 63, cuarto segundo.

Uno de tafetan pensamiento adornado sobre cada

costura con una tira de terciopelo negro claveteada de acero. Dicha tira se divide por abajo en tres partes, estendiéndose las de los lados sobre los paños vecinos. El pequeño paletot corto y cimbreado se halla guarnecido del mismo modo, y tiene mangas justas y pequeñísimos bolsillos enteramente coquetones. Sombrero *fauchon* de tul pensamiento adornado de perlas de acero y de una plumilla de pintada.

El segundo es de moiré gris ruso, abierto en medio por detrás, y por delante sobre un paño de moiré azul Méjico. Sobre cada costura de la falda gris se halla una rica pasamanería cordada gris y azul con perlas de azabache, atravesando la misma pasamanería por detrás y por delante sobre el paño azul. El cuerpo es alto, las mangas justas con pasamanería sobre las costuras, y el sombrero es de crespon tendido azul y de tul blanco, con el borde de perlas de abalorio y fondo de lilas blancas. Completa esta *toilette* una cachemira de la India, cuadrada.

En fin, el último es de tafetan á rayas anchas, blancas y negras, adornada la falda con una alta franja Thibet blanca sembrada de chabascas en azabache. El borde de esta franja descende á diez centímetros de la falda, y la supera un arabesco de pasamanería perlada que remonta á bastante altura por en medio de cada paño. Cuerpo alto con cinturón de pasamanería, y mangas ajustadas con jockey recordando el adorno de la falda. Capota de tul blanco bullonado adornada con tres cintillas de terciopelo púrpura, sobre la que se destaca una pasamanería de paja. Casaca Emperatriz en tafetan negro guarnecida de encaje.

Concluimos recomendando á nuestras bellas suscriptoras el establecimiento de la Sra. Oliver, en la seguridad de que si le favorecen han de quedar muy complacidas, tanto por la inteligencia y esmero con que se confeccionan toda clase de trajes como por la equidad de sus precios.

JOAQUINA DE CARNICERO.

Por todo lo no firmado,

*El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.*

**Editor propietario, VALENTIN MELGAR.**

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.

Calle de Preciados, 74, bajo.